

042. ¡Creo!, la voz de un himno

Un ilustre filósofo, que no era católico, tiene esta observación tan interesante de los tiempos en que era alumno de la universidad más famosa de Inglaterra:

- *Cuando yo era todavía estudiante, encontraba muchas veces en la sala de lectura a diez hombres de la misma nación con diez religiones distintas; estando después en Roma, encontraba allí muchas veces en una sala de lectura del Vaticano a diez hombres, procedentes de diez naciones distintas, que tenían la misma religión* (Benson, en la Universidad de Oxford)

Es una observación muy atinada, y algo tan evidente para aquel hombre de inteligencia tan grande, que lo llevó a convertirse al catolicismo. ¿Por qué? ¿Dónde está el secreto? ¿Cómo es posible que diez hombres del mismo país que se llama y es protestante pertenezcan a diez iglesias distintas? ¿Y cómo diez hombres de diez países distintos piensan todos igual, sin que a ninguno se le ocurra pensar de una manera diferente del otro?...

Esto es algo que hoy vemos cada día.

La televisión nos ha facilitado la posibilidad de visitar Roma sin movernos de nuestra casa. Pongamos el ejemplo de Pascua. Es un espectáculo imponente el que vemos renovarse cada año el día de la Resurrección. El Papa tiene el buen humor de saludar en un montón de lenguas a una multitud inmensa. Todos entienden el mismo lenguaje, aceptan el mismo mensaje y aplauden la misma verdad. Y todos creen en ese hombre que les habla en nombre del que un día resucitó, porque saben que es su Vicario en la Tierra.

¿En dónde está el secreto de este fenómeno, que no se da en ninguna otra parte, aunque sea en una asamblea de creyentes en el mismo Resucitado, pero fuera de la Iglesia Católica?... Todo se reduce a esto solo: que todos los presentes en el Vaticano dicen y cantan el *Credo*...

El Credo —que significa: *Yo creo*—es la primera palabra con que comienza ese himno cristiano tan antiguo casi como la misma Iglesia. Muertos ya los Apóstoles, en la Iglesia nació —sin duda por una intervención callada, pero muy significativa del Espíritu Santo en persona—, la formulación de las verdades de la fe en un himno que todos aprendían. Después los Obispos, unidos siempre al Papa, el Obispo de Roma y sucesor de Pedro, lo formularon definitivamente en los Concilios.

Y es católico, es un cristiano verdadero, el que profesa toda la fe revelada por Jesucristo, sin quitar ni poner nada por su cuenta. Por eso acepta, recita, reza y canta el Credo en toda su integridad.

Cuando en nuestros días, después del Concilio, empezaron muchos a cuestionar algunas verdades de la fe, el Papa Pablo VI, al clausurar el centenario de la muerte de los apóstoles San Pedro y San Pablo, puso un remedio tremendamente eficaz. En una imponente Misa celebrada en el Vaticano, formuló el *Credo del Pueblo de Dios*.

Era el mismo Credo de siempre y que todos sabemos, pero algo explanado por el mismo Papa, a fin de que aparecieran bien claras las verdades que se ponían en discusión.

Después lo hizo recitar por Obispos de aquellas naciones donde empezaban los primeros brotes de rebeldía. Sin ruido, sin aspavientos, el Papa oponía un dique de contención al error y a la escisión incipientes.

No había más remedio: si recitaban el mismo Credo, pertenecían a la Iglesia Católica; si no lo aceptaban, se separaban de la Iglesia y dejaban de ser católicos. Lo recitaron, y permanecieron fieles...

Nosotros tenemos una devoción especial al Credo. Antiguamente se llamaba también el Símbolo de los Apóstoles, porque contenía resumida toda la doctrina recibida por ellos de los labios del Señor.

El símbolo era como un santo y seña en la guerra. Lo daba el mando al ejército, y quienes lo sabían y lo decían eran los del ejército propio; los que lo ignoraban o decían otro símbolo, eran los enemigos.

Así el cristiano: si profesaba el Credo totalmente sin negar ni añadir ni cambiar nada, era católico.

Si lo ignoraba del todo, era pagano.

Si lo mutilaba en alguna parte, era un cristiano que había abandonado la Iglesia Católica.

Un famoso convertido nos dice su experiencia:

- El Credo Católico es tan armónico y consecuente consigo mismo, tiene tanta unidad, sus partes están tan perfectamente coordinadas que basta conocer uno de sus artículos para conocer y entender los otros (Cardenal Newman)

En el Credo confesamos que no hay más que un solo Dios, uno solo, aunque tenga tres Personas distintas.

Confesamos que el Hijo de Dios se hace hombre, nace de la Virgen María, y es hermano nuestro en todo, menos en el pecado, porque viene precisamente a destruir el pecado.

Jesús muere en la cruz, es sepultado, resucita, se sube al Cielo, y manda desde allí al Espíritu Santo.

La Iglesia fundada por Jesucristo es una sola, con un solo Bautismo y una sola fe. Así es y será hasta el fin del mundo, cuando Jesucristo vuelva glorioso, nos resucite de nuestros sepulcros y nos lleve a una vida eterna, de premio para unos y de castigo para otros, en un reino de Jesucristo que ya no tendrá fin.

Esto es lo que nosotros recitamos muchas veces en el Credo. En la Misa del Domingo lo hacemos siempre, y siempre lo repetimos con entusiasmo creciente, como que es el *Himno de la Fe*. Morir un día con él en los labios es la dicha más grande en que podemos soñar... ¡Qué salvación tan segura!...